

# Aguas aéreas

## García Márquez y la poesía

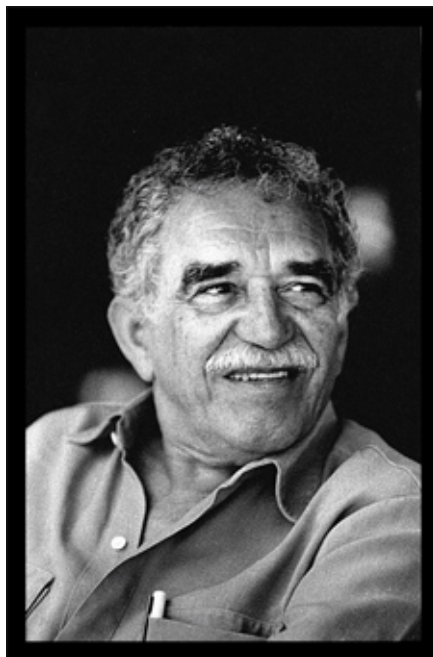
David Huerta

García Márquez le dijo, hace muchos años, a su paisano, el poeta y crítico Juan Gustavo Cobo Borda, lo siguiente:

La verdad es que si no hubiera sido por “Piedra y Cielo”, no estoy muy seguro de haberme convertido en escritor. Gracias a esta herejía pude dejar atrás una retórica acartonada, tan típicamente colombiana... Creo que la importancia histórica de “Piedra y Cielo” es muy grande y no suficientemente reconocida... Allí no sólo aprendí un sistema de metaforizar, sino lo que es más decisivo, un entusiasmo y una novelaría por la poesía que añoro cada día más y que me produce una inmensa nostalgia.

Es una verdad, me parece, interesantísima. Puede formularse también de una manera sinóptica: la vocación literaria de este individuo admirable de Aracataca se debe a su contacto con la poesía. Lector asiduo de versos de toda laya; admirador de un puñado de figuras poéticas (Garcilaso de la Vega, Lope de Vega, Rubén Darío, entre muchos otros); discípulo en Cundinamarca del poeta piedracielista Carlos Martín, quien lo animó a publicar por vez primera; amigo personal de Pablo Neruda y lector cuidadoso de Octavio Paz, Gabriel García Márquez y sus escrituras no pueden entenderse cabalmente, en las estribaciones estilísticas de su obra y en su actitud general ante el lenguaje, si no se toma en cuenta su visión de la poesía.

Los piedracielistas... ¿Quién se acuerda de ellos? Y sin embargo ahí están, en la historia y en la memoria de la literatura colombiana, y en las raíces de los libros más famosos del país. La declaración de García Márquez es impresionante: le da crédito al piedracielismo, como hemos di-



Gabriel García Márquez

cho, por su vocación literaria. En los *Textos costeños*, sin embargo, no faltan páginas en las cuales arremete contra todos ellos y los juzga con severidad. Algunos nombres de piedracielistas: desde luego, y a la cabeza del grupo o movimiento, Eduardo Carranza; Jorge Rojas; Aurelio Arturo; el ya mencionado Carlos Martín, maestro de García Márquez en Zipaquirá, según las noticias de Juan Gustavo Cobo Borda.

Del origen del piedracielismo colombiano —y sobre todo de su nombre— es muy fácil dar noticia. En 1919, Juan Ramón Jiménez publicó el libro *Piedra y cielo*. Sus admiradores en Bogotá y en Cundinamarca lo leyeron con avidez; adoptaron la frase para echar a andar un movimiento poético. La herencia simbolista les pareció a esos jóvenes sudamericanos digna de tomarse en cuenta y más todavía: de aclimatarse al español latinoamericano, colombiano, bogotano, sobre todo para desuncirse del carro del modernismo, conducido cansinamente por Guillermo Valencia. Unos cuantos años más tarde, la aparición de Pablo Neruda en los años veinte y treinta dividiría el campo poético en lengua española en dos ban-

dos definidos: los juanramonianos y los nerudófilos. Allí, en esa división, nace una cantidad enorme de mitos, de tomas de posición, de actitudes combativas.

El piedracielismo fue una rebelión contra el pasado más o menos reciente de la poesía colombiana, y específicamente contra Valencia, figura autoritaria y digna de todo rechazo, según esos jóvenes. No sé, no estoy seguro de si García Márquez pensaba en Valencia cuando habló con Cobo Borda de “dejar atrás una retórica acartonada, tan típicamente colombiana”. Lo cierto es esto: la rebelión antimodernista de Piedra y Cielo se explica por la cercanía, en el tiempo, de sus integrantes y la generación de Valencia. García Márquez pertenece, claro, a una generación posterior, y quienes sirven como mediadores (mediadores críticos) entre él y Valencia fueron los piedracielistas.

Para García Márquez el piedracielismo es “una herejía”: porción grande y necesaria de salud rebelde en un ambiente acartonado, adocenado, estéril. Un sistema de metaforizar, la adquisición de una “novelería por la poesía”: eso le dio el piedracielismo al futuro novelista. Le dio un lenguaje, dicho de otro modo: el lenguaje de la poesía.

Pero hay aquí mucho más. Algo fundamental: los inicios literarios del fabulista de Aracataca: inicios en verso. Más adelante transcribo algunos de esos versos: heptasílabos y endecasílabos rimados en un romancillo y en un soneto, respectivamente.

En 2007 se celebraron los 40 años de la publicación de *Cien años de soledad* y la Real Academia de la Lengua decidió marcar esa celebración con una edición popular de la novela; unos cuantos ensayos

acompañaban la edición a modo de apéndices informativos o críticos. El ensayo más interesante de los publicados en esa edición, para mí, es el de Cobo Borda, titulado significativamente “El patio de atrás”; lo mismo podría llamarse “Los fundamentos”, “Los principios”, o cualquier otra frase evocadora de los primeros años del escritor colombiano más famoso de la historia.

En 1945, a los 17 años, García Márquez es capaz de componer sonetos bien escandidos y bien acentuados. Los firma con el pseudónimo de Javier Garcés; quienes saben del estilo piedracielista, o de los estilos de esa escuela, como Cobo Borda, afirman el aire cómplice con ese movimiento de los versos de “Javier Garcés”, conservados por su maestro Carlos Martín y por sus condiscípulos. He aquí el principio de uno de esos sonetos:

Si alguien llama a tu puerta, amiga mía,  
y algo en tu sangre late y no reposa  
y en su tallo de agua, temblorosa,  
la fuente es una líquida armonía...

Las estrofas siguientes —el segundo cuarteto y los tercetos— penden, por así decirlo, de la anáfora del “si” condicional: si llaman, le dice el poeta a esa mujer... “abre, que es el amor, amiga mía”. La carga de cierto romanticismo estereotipado es indisimulable; pero el soneto está bien hecho.

Algo semejante ocurre con los heptasílabos de 1947: “Elegía a Marisela – Geografía celeste”. He aquí los primeros versos del romancillo:

No ha muerto. Ha iniciado  
un viaje atardecido,  
de azul en azul claro  
—de cielo en cielo— ha ido  
por la senda del sueño  
con su arcángel de lino.

Ese “arcángel de lino” ya es una promesa, una prefiguración, de las visiones poéticas de los cuentos y las novelas futuros del joven poeta. Cobo Borda anota con acierto: “Si Borges ya viejo todavía bromeaba con el fantasma ultraísta que lo habitaba, también García Márquez lleva consigo un fantasma piedracielista”.

En la página 199 de las memorias de García Márquez (en la primera edición), *Vivir para contarla*, este recuerda a un poeta muy popular, ahora enteramente olvidado, llamado José Manuel Marroquín. Cuenta el memorialista haber estado alguna vez “obnubilado por completo por un disparate genial” de ese poeta bogotano, “que enloquecía al auditorio desde la primera estrofa”: “Ahora que los ladros perran, / ahora que los cantos gallan, ahora que albandando la toca / las altas suenas campanan”, verdadero juguete prodigioso del ingenio. La cita continúa algunos versos más, como para permitirle al lector acostumbrarse al mecanismo verbal de la pieza de Marroquín.

El poema de Marroquín se titula “Serenata” y cuenta con cierto pormenor, en octosílabos romanceados con una rima en *a-a*, precisamente la serenata de un individuo llamado Calixto a su novia Carmen, pareja a la cual no cuesta imaginar muy joven. Aquí abajo reproduzco versos del mismo poema, no citados en las memorias del novelista de Aracataca:

Tú en tanto duerma tranquilos  
en tu rega camalada  
ingratándote así burla  
de las amas del que te ansia.  
¡Oh, ventánate a tu asoma!  
¡Persiane un poco la abra  
y suspire los recibos  
que esta pobra exhale alma!

Una parte de la obra narrativa de García Márquez está dedicada a la poesía, a los poetas, a los poemas, acompañantes suyos de toda la vida.

En *El otoño del patriarca*, Rubén Darío hace una aparición formidable. El dictador asiste con desgano al Teatro Nacional a escuchar las declamaciones de un poeta llamado Félix Rubén García Sarmiento, “que había de hacerse famoso con el nombre de Rubén Darío”. Los poemas leídos en voz alta por el autor toman por asalto al patriarca: nadie le ha hecho experimentar algo semejante. Se siente, ante el poeta y sus poderes, “disminuido y solo”. Para sus adentros, exclama: “carajo, cómo es posible que este indio pueda escribir una cosa tan bella con la misma mano con la que

se limpia el culo”. La “cosa bella” es el poema “Marcha triunfal”, portento de la versificación acentual; el novelista glosa algunos versos, engastados libre y juguetonamente en el flujo irresistible de la prosa de esa novela torrencial, la entrega inmediatamente posterior a la novela *Cien años de soledad*. Cuando muchos escépticos o descreídos no acababan de sentenciar “está liquidado”, “no volverá a escribir nada parecido [a *Cien años...*]”, el escritor colombiano dio a conocer *El otoño del patriarca*, con ese bello homenaje al patriarca-libertador Darío, nicaragüense.

Pablo Neruda es protagonista notorio de uno de los *cuentos peregrinos*: el titulado “Me alquilo para soñar”. Lope de Vega aparece citado como hombre de sabiduría en *Vivir para contarla*, aun cuando la memoria creadora y recreadora de García Márquez le hace decir algunas cosas imposibles de hallar en la obra del pródigo madrileño. Pero la aparición más deslumbrante de la poesía, los poetas y los poemas ocurre en la novela *Del amor y otros demonios*, homenaje cartagenero al poeta toledano Garcilaso de la Vega. Desde el homenaje de Juan Goytisolo a Góngora en la novela *Reivindicación del conde don Julián*, ningún otro novelista le había dedicado páginas tan bellas y emocionantes a la poesía de nuestra lengua.

Los personajes de *Del amor y otros demonios* (1994) se llaman Sierva María de Todos los Ángeles y Cayetano Alcino del Espíritu Santo Delaura y Escudero. Son una poseída por el demonio y un exorcista —pareja improbable de una tragedia romántica, pero he aquí la temeridad de un escritor de raza. En el nombre del galán, “Alcino” recuerda una serie de poemas lopescos: los célebres *sonetos de los mansos*. Pero el tiro va por otro lado: en la página 107 de mi edición (reimpresión de 1994), la historia toma un rumbo imprevisto; Cayetano está convencido “de que su padre era descendiente directo de Garcilaso de la Vega”. Esa noticia está más o menos a la mitad del relato. La novela se transforma entonces en un largo testimonio de admiración por el príncipe de los poetas castellanos; sin dejar de ser, a la vez, una extrañísima historia de amor. **U**